

En esos instantes

Agustín Monsreal

ESTEBAN ASCENCIO VIAJA A LA ARGENTINA para conocer a Ernesto Sabato. A Sabato el hombre, transgresor y desafiante; a Sabato el escritor, apocalíptico y vertiginoso; a Sabato el mito, volcán de fuerzas encontradas siempre a punto de estallar, cima inalcanzable. Ascencio lo ha leído de punta a punta, de palabra a palabra, de obsesión a obsesión, y quiere conocer al creador sísmico que le ha abierto tantas grietas existenciales. Ha sido cimbrado por el relámpago, quiere ahora ser estremecido por el trueno. Impulsado por la soberbia de la juventud, por el propósito irrevocable de pisar la tierra prometida, toca a la puerta; enfiebreado por los temblores luminosos de la esperanza, espera; sacudido por la fiera de los sentimientos que forman batalla en su interior, aguarda a que le abran, hincándose las uñas en la piel del alma porque viene dispuesto a todo menos al rechazo. Al cabo de una eternidad, se abre la puerta. Ahí está Sabato en persona, entre huraño y afable, sonriendo un tanto traviesamente ante la sonrisa bobalicona del joven que tartamudea y lo mira deslumbrado. Se ha establecido el contacto, se ha iniciado el pleno y fructífero sendero de la amistad.

A lo largo de muchos días, de infatigables horas, de pláticas ora ríspidas y duras, ora lisitas y hasta tiernas, Ascencio va recogiendo las expresiones, los estados de ánimo, las remembranzas, las dudas, los aciertos, los gestos de virtud, los rasgos de mal carácter, las zonas ocultas, las ansias de totalidad, las terquedades de absoluto que pueblan la cosmogonía de Ernesto Sabato; son horas intransferibles en que la voz, el tono serio y absoluto del argentino desnudan las intimidades más celosamente guar-



dadas de su corazón, abren de par en par las orgullosas estructuras de su espíritu, examinan, comprenden, perdonan, aman sin fronteras los paisajes de su vida, analizan desde las profundidades del dolor y de la conciencia a sus más enconados demonios, reviven ires y venires inciertos, urgencias reprimidas, capítulos sórdidos de su propia historia irreversible, cúmulo de reminiscencias que surgen cual temerarias aves en tormenta ante el asombro de su joven y fascinado confidente. Ascencio y Sabato han sido enlazados laboriosa y esencialmente por los afanes del misterio en estas amplias conversaciones, hermanados por la generosidad inaudita de un designio superior.

Y después, cuando el tiempo y el espacio han vuelto a su normalidad, cuando cada quien marcha otra vez por su lado, cuando la euforia ha consumido su último destello, cuando el deseo realizado se ha convertido en levedad y nostalgia, cuando el propósito exige ser convertido en realidad,



¿qué hacer con tanta memoria vertida en los cuencos de la memoria? ¿Cómo revivir a voluntad lo tanto que se vivió? ¿Cómo decir de nuevo lo tanto que se dijo, que se recogió de las emociones y las sombras recién identificadas, clarificadas? ¿Cómo otorgarles una arquitectura verosímil, una forma útil? ¿Entrevista? ¿Ensayo? ¿Biografía? Notas, apuntes, tanteos en el aire, borradores, hojas en blanco, páginas tiradas a la basura. Frustración que se repite y se acumula. Abatimiento. Soledad y pesadumbre. Esfuerzos estériles. Suma de momentos perdidos, sensación de

fracaso. Cada intento es un desorden, un sueño hecho añicos. Ascencio no encuentra por dónde desenredar la madeja y siente la sombra enorme de Sabato cada día más pesada encima él. Relecturas de cada libro, renovados deslumbramientos, obcecaciones crecientes. El desafío se convierte en torturante desmesura, la idea fija en torbellino implacable. Una noche, de manera despacita, silenciosa, casi inadvertida, se anuncia la revelación interna, y con ella el fulgor inmarcesible de la certeza.

Ernesto Sabato ha encontrado su lugar en el universo creador de Esteban Ascencio: es, a partir de ese momento, personaje de novela.

La escritura, entonces, fluye incontenible, las conversaciones con el escritor Sabato pasan a ser sólo el punto de partida para la invención única



y definitiva, formidable y heroica del personaje Sabato, un personaje múltiple, sagaz, vociferante, vulnerable, extraordinario, banal, autoritario, facetas contradictorias pero ardientemente vivas de un hombre en lucha sin descanso contra sus fantasmas, en pugna perpetua con su ser más íntimo, con sus intrigas y creencias, sus talentos, sus oprobios y apoteosis, sus diversos oficios y pasiones, sus ideales, sus conductas y comportamientos; un personaje categórico, rabioso y triste a la vez que realiza viajes prodigiosos por geografías reales y ensoñadas, que se relaciona íntima y profundamente con las ambigüedades morales y las veleidades atroces de la política, que ejerce amistades para siempre, enarbola delirios nocturnos y enfrenta desde la culpa, la vergüenza y el remordimiento purgatorios desmedidos; un personaje visceralmente desgarrador que transita desvaríos y camina territorios insospechados, que se entrega a la severa confrontación consigo mismo y denuncia sin descanso las indignidades de la cosmetología social y los enmascaramientos de las verdades equívocas.

Esteban Ascencio se propuso inventar la realidad, que es el propósito de todo gran escritor, y lo consiguió plenamente en *Sabato: en esos instantes*, dilatada novela

que caracteriza y transmite, con solvencia, solidez y armonía, diferentes episodios de una historia humana que se halla en el umbral del derrumbe, al borde de la catástrofe, épocas de perplejidad y angustia que envuelven con sus tinieblas a un mundo que ha perdido la razón y se inscribe en el caos, en el inclemente vértigo de la desesperación y la más honda desesperanza. ¿Qué ha pasado con nosotros? La ausencia de fe nos ha convertido en un montón de desgraciados e infelices. Ernesto Sabato, como protagonista de la novela, deambula incrédulo por ciudades siniestras y melancólicas que oscilan entre la grandeza y la miseria, la fantasía y la locura, y en medio de esa insensatez atroz, interminable, se pregunta si el hombre puede ver su destino, y si puede verlo, de qué le sirve. Intuye a modo de respuesta que el arte, que es inmortal, se manifiesta como contraparte vital e irrevocable del fatídico error, del espeluznante sinsentido, de la insatisfacción infinita, del eterno vacío.

Viajero lúcido y atormentado, *Sabato: en esos instantes* detiene un poco su andar vigilante e imperioso —¿alguna vez has caminado con los pies desnudos sobre la hojarasca?— y regresa a la Patria, a su querencia; reconoce que el corazón tiene razones que la razón



desconoce, y se une amorosamente a Matilde, tan llena de ella misma; durante una temporada refugia su penar en las reflexiones metafísicas y se debate entre las matemáticas y la literatura, entre los milagros de la poesía y los dones de la ciencia, entre el cálculo infinitesimal y la magia de las palabras; cercano a la fe, o mejor dicho, con la fe en un bolsillo del pantalón, y con la esperanza en el otro, descubre que hay un momento en la vida de cada hombre, en el cual el hombre sabe quién es, y cuán honda es la raíz de su desasosiego. *Sabato: en esos instantes* adquiere ese conocimiento fundamental y cesa en la pesadilla de recorrer palmo a palmo las comarcas del infierno.

La novela de Asencio llega entonces a un punto de maestría en el que esa figura estelar de la literatura que es Ernesto Sabato se transforma ante nuestros ojos en un ser de ficción construido con una convincente y admirable exactitud, un individuo creíble y memorable que busca y encuentra fraternidad en el desamparo. Entre sus pares. Sus iguales, los hacedores literarios. Y las páginas de *Sabato: en esos instantes* se pueblan de presencias magníficas, de autores puestos sobre el escenario con envidiable naturalidad en circunstancias diversas. Así aparecen Pedro Henríquez Ureña en su calidad de primero y gran maestro; André Bretón, surrealístamente pálido en medio de contrariedades y desgracias; Jorge Luis Borges, hablando del tiempo y de los laberintos, y compartiendo con Silvina Ocampo, legítima y fascinante, recuerdos enteros, suaves y sabios de Macedonio Fernández; Adolfo Bioy Casares elegantemente feliz porque *La invención de Morel* es

todo un éxito; Victoria Ocampo, bella y aristocrática, invitando a Sabato a colaborar en la revista *Sur*; Julio Cortázar contándole a Leopoldo Marechal cómo le invade la vida cada día más *El perseguidor*, y Marechal a su vez narrándole a Cortázar las intrusiones y peripecias ineludibles de *Adán Buenosayres*. Y de pronto irrumpen celebridades de otra índole, con un discurso muy distinto en conceptos e imágenes, como Perón y Evita. Y por ahí anda el propio Ascencio en calidad de personaje, y también, ya queriendo ser nombrados en público, ya queriendo ser tomados en cuenta, algunos de los actores que habrán de dar vida y fama perdurable a las obras fundamentales de Sabato: Martín, Bruno, Alejandra, y Juan Pablo Castel y María Iribarne, parte de las alucinaciones que atormentan la mente de Sabato, parte de ese sufrimiento terrible y continuo que lo deja inquieto, perdido y desolado sin remedio, mirando a través de la ventana cómo el viento mece a la melancolía; seres que están allí, en su conciencia, y que cuando ya no aguantan más irrumpen como un estallido y él no tiene otra salida que escribirlos tumultuosamente.

Todos ellos son las personas reales que de una manera o de otra conocemos y son, al mismo tiempo, personajes de ficción a los que Esteban Asencio, poderoso y prolífico obrero de la edificación literaria, ha dotado de existencia propia en una novela trascendente, ineludible, en la que Ernesto Sabato, muerto poco antes de cumplir cien años, menciona ese único y solitario instante en que abandonamos esta tierra confusa, solos, para ir a radicar, finalmente, en un vasto y formidable Cementerio Cósmico. ■■